



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Seguimos leyendo el evangelio de Lucas. Tras el relato de las tentaciones, nos presenta a Jesús recorriendo Galilea. Va manifestando su mensaje, va llamando a algunos para que estén con él y va haciendo signos. Y ante todo ello, se va encontrando con diferentes respuestas: unas personas le rechazan y persiguen y otras le siguen.



El texto de hoy nos presenta la dimensión del **segimiento**, la vocación de Pedro. Vamos a acercarnos al evangelio de un modo diferente del habitual. Haremos unos breves comentarios, porque es un evangelio muy sencillo y claro y a continuación intentaremos **orar con Pedro**, como si estuviésemos a su lado, a orillas del lago de Genesaret.

10 de febrero 2019

5º Domingo del Tiempo ordinario

Lucas 5,1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la

de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

En realidad **Genesaret** era un lugar situado en la orilla oeste, pero ese nombre se le daba también a todo el lago. Se le llamaba también mar de Galilea, aunque no era un mar, por su gran extensión.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.» Simón contestó: «Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.»

El término **Maestro** se utilizaba como expresión de respeto, para indicar que alguien tenía experiencia y sabiduría y podía aportar algo importante.

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.» Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Conocemos a Zebedeo a través del evangelio de Mateo. Tras la vocación de Pedro y de su hermano Andrés “yendo Jesús más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago y Juan, hijo de Zebedeo, que estaban en la barca, con su padre, remendando las redes y los llamó. Ellos al instante, dejando las redes y a su padre, lo siguieron” (4, 21-22).

Ahora Pedro ya no llama Maestro a Jesús, sino **Señor** (Kyrios), que era el término que las primeras comunidades utilizaban para referirse a Jesús resucitado. Pedro muestra su confesión de fe; él es el prototipo y referencia de la iglesia primitiva y muestra el camino para quienes se acercan a conocer a Jesús a través del catecumenado.

Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres.» Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Lucas, en otros textos de su evangelio, señala que el seguimiento requiere **cierto vaciamiento**. Hay que “dejar” para acoger la novedad del Reino. En este caso fueron las barcas, en el nuestro ¿qué despojamiento nos pide?

No sabemos si el seguimiento de Jesús fue en ese momento, ya hemos comentado otras veces que era un recurso literario el contar los hechos como si hubieran ocurrido inmediatamente. Eso daba dramatismo y fuerza a la narración. Lo que nos importa es que un rudo pescador encontró en Jesús el sentido de su vida.

¿Qué símbolo puede ayudar a unos pescadores a entender que si viven su vocación y responden a la misión obtendrán grandes frutos? Evidentemente una pesca abundante. Nos podemos imaginar la barca llena de peces de diferentes especies dando saltos, pero sería mejor reflexionar y orar sobre los frutos que podemos tener si, como Pedro, nos fiamos y le seguimos.

Traduzcamos la expresión “desde ahora serás pescador de hombres...” por una frase que recoja lo que creemos que es nuestra vocación y misión. Algo así como: “Desde ahora” y el evangelio habrá tocado nuestra vida. Ahora sólo nos falta orarlo, desde la empatía con los sentimientos y actitudes de Pedro, para que nos cale bien hondo y se haga carne de nuestra carne.

Oramos con Pedro junto al lago...

Estamos en Galilea, sentados a la orilla del lago. Pedro está orando antes de irse a Roma, teme que ya no podrá volver a su tierra, a causa de las persecuciones.

Ha venido aquí para recordar, una vez más, su encuentro con Jesús, aquel encuentro que cambió su vida. En silencio nos unimos a su oración, mientras dejamos que afloren también nuestros recuerdos...

No sé qué daría, Maestro, por pescar una vez más contigo en el lago. ¡Cómo te echo de menos!

Antes de ir a Roma, quizás por última vez, quiero hablar contigo junto a la orilla, en este lugar donde hace años hiciste de mí un hombre nuevo.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Acababa de salir el sol y la gente se agolpaba a tu alrededor y te agobiaba. Querían oírte hablar de Yahvé, de tu Abbá, porque les esponjaba el corazón.

Hacia un buen rato que nosotros habíamos desembarcado y estábamos lavando las redes. Estábamos muy cansados, porque habíamos trabajado toda la noche. Pero, sobre todo, estábamos de mal humor porque no habíamos pescado nada.

Toda la noche echando cebo, toda la noche remando de un sitio a otro del lago, y al final ¿para qué? Un día más volveríamos a nuestra casa humillados, porque sabíamos que había peces en el lago, pero no habíamos sido capaces de pescarlos.

Maestro, sabes bien cuánto me duelen los fracasos, y aquella noche yo me sentía fracasado.

De repente, te subiste a mi barca y me pediste por favor que remara para separarla unos metros de tierra, así la gente te podría oír mejor. Me molestaba dejar de lavar mis redes, pero al ver a la gente esperando tu palabra, y al mirar tu rostro, lleno de bondad, cogí los remos e hice lo que me pedías.

Aquella mañana escuché tu predicación con la misma atención con la que te escuchaba el resto de la gente, pero me pareció que estabas un poco loco. Confianza..., gratitud..., providencia... ¡No entendía nada!

Cuando acabaste de hablar me dijiste:

-*“¡Pedro, rema mar adentro! ¡Vuelve a echar las redes para pescar!”*

¿Te acuerdas, Maestro, cómo te contesté? Me enfadé mucho contigo. ¿Quién eras tú, que no sabías nada de pesca, para decirnos lo que teníamos que hacer un grupo de pescadores? Durante la noche no habíamos conseguido coger ni un pez ¿cómo íbamos a cogerlos con la luz del día?

Pero me dirigiste una mirada que me traspasó. Se me saltan las lágrimas al recordarlo..., y con tu mirada me invitaste a dejar a un lado mi experiencia de pescador y fiarme de Ti.

Me rendí. Recuerdo que, con voz entrecortada, te dije:

-*“Maestro, por tu palabra, sólo por tu palabra, echaremos las redes”*

Al principio todo estaba en calma, ni se veían los peces ni se movía la red, pero tú seguías de pie en la barca, sonriendo y mirando el lago. Y, de golpe, apareció un banco de peces tan grande que se llenaron las redes y a punto estuvimos de que volcara la barca.

Hicimos señas a los compañeros de otra barca para que vinieran a ayudarnos. Al principio no querían, creían que nosotros llevaríamos nuestra pesca al mercado y ellos volverían a la aldea con las manos casi vacías. Finalmente se acercaron a ayudarnos, pero también su barca estuvo a punto de hundirse por esa pesca extraordinaria.

Recuerdo que fue entonces fue cuando me tiré a tus pies, llorando, y cuando empecé a comprender lo que habías predicado esa madrugada desde mi barca. En ese momento comprendí que la confianza en tu palabra había hecho maravillas.

Al principio estaba sobrecogido por una pesca tan abundante, lo mismo que mis compañeros, pero contigo en la barca ya no me importaban ni la cantidad de peces, ni el dinero que me darían por ellos en el mercado. Ya no me importaba nada de eso. Sólo veía mi pobreza, mi falta de fe y mi pecado.

Podía haberte dicho: *“Gracias, Maestro, soy un pescador afortunado”*. Pero sólo fui capaz de decirte:

- *“Apártate de mí, mi Maestro y mi Señor, que soy un pobre pecador”*.

Aquella mañana quise decirte que no te bajaras nunca de mi barca, que pescaríamos juntos el resto de la vida, y que yo pondría la barca cerca de la orilla para que tú pudieras predicar mejor. Aquella mañana quise decirte tantas cosas...

Pero Tú me sorprendiste de nuevo; me levantaste del suelo, me abrazaste, y mirándome fijamente me dijiste:

- *“Pedro, no temas a nada ni a nadie. Te propongo algo apasionante: que seas pescador de hombres”*.

Por mi cabeza pasaron rápidamente muchas imágenes y bastantes temores, pero Tú me seguías mirando esperando mi respuesta. Y me rendí de nuevo. Saqué la barca a tierra y te seguí.

Alguna vez, al principio, pensaba en el premio que me prepararías por haber dejado todo. Ahora, después de pasar tantas fatigas y sufrimientos por explicar tu Palabra, después de haber estado en la cárcel y de haber sido azotado..., ahora, cuando otros compañeros han muerto como mártires y mi vida está en peligro a causa de las persecuciones, sólo puedo decirte a la orilla del lago:

- ***“Maestro, en tu nombre echaré las redes hasta la muerte. ¿Cómo podré agradecerte el que me hayas llamado a esta tarea?”***



Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

- Os invitamos a leer el evangelio de este domingo y a dejar que resuene en vosotros en clave “seguimiento”. Nos habla de Pedro, en su situación concreta, era pescador, pescaba con otros y, a veces, fracasaba. Y nos habla de su encuentro con Jesús, ese encuentro que le cambió la vida.
 - ¿Cómo narraríamos nosotros el nuestro? ¿En qué circunstancias y contexto lo recordamos?
 - ¿“Pescador de hombres” o.....? ¿Con qué palabras nos llama expresamente a nosotros?
 - ¿Cómo nos sentimos ante esta llamada y misión?
 - Como claustro de profesores de un colegio franciscano, ¿cómo podríamos ayudarnos a vivirlo?
- Podéis dedicar unos minutos a “orar” con una oración semejante a la de Pedro, que surja sencillamente, con vuestras palabras, desde la propia experiencia.

2. En la clase

En este otro enlace encontrareis pistas, recursos y materiales para trabajar los profetas Eliseo y Elías.

https://docs.google.com/presentation/d/1_7F4zUuXDpV1155hnehbp7TBoJSppRLQbX4mwDewvdU/edit?usp=sharing

3. En la familia



Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...

- ✚ Como padres y madres, hemos sido llamados a ser “pescadores de hombres” en la familia y con nuestros hijos.
 - ¿Cómo lo expresaríamos? ¿Cuál es nuestra “pesca maravillosa”, los signos de que el Señor está en nuestra vida?
 - ¿Nos planteamos la vida de nuestra familia en esta “clave de seguimiento” y desde ella tomamos las decisiones, elegimos nuestras prioridades?
 - ¿Cómo orientamos a nuestros hijos a hacerlo, desde pequeños y cuando empiezan a buscar su futuro?
- ✚ Para terminar podemos orar con la oración de Pedro, o una semejante en la que vayamos introduciendo nuestra realidad. ¿Qué sentimientos vivimos ante “nuestras redes, nuestra barca, nuestra pesca...? ¿Qué le pedimos desde ellos al Señor?
- ✚ Si os ayuda escuchar, en el mismo clima de oración, la canción de Maite López.
<https://www.youtube.com/watch?v=OAV0XmUyRMY&feature=youtu.be>